

# Cine Popular

Redacción y Administración:  
Barbará, 15  
Apartado Correos 925

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Año III  
Número 127  
Barcelona 1 de Agosto de 1923



HESPERIA

Actriz de méritos excepcionales en una escena de  
la interesante producción «La Duquesa Misterio».

20 céntimos



# PUBLICACIONES MUNDIAL

Barbará, 15 - Apartado de Correos 925 - BARCELONA

## POSTALES DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

1 Roscoe Arbuckle (Fatty)	32 Geraldine Farrar	63 Diana Karenne	94 Doris Pawn
2 Mary Anderson	33 Pauline Frederick	64 Mitchel Lewis	95 Eddie Polo
3 Gertrude Asher	34 Franklyn Farnum	65 Max Linder	96 Mary Pickford
4 Francis X. Busham	35 William Farnum	66 Luisa Lovely	97 Livio Paganelli
5 Enit Bennet	36 Dustin Farnum	67 Gladis Leslie	98 Charles Ray
6 Alice Brady	37 Elsie Ferguson	68 Elmo K. Lincoln	99 Will Rogers
7 Theda Bara	38 Ethel Gray Terry	69 Vittoria Lepanto	100 Herbert Rawlinson
8 Billie Burke	39 Louise Glaum	70 Montagu Love	101 Wallace Reid
9 John Bowers	40 Kitty Gordon	71 Ana Luther	102 Camilo de Riso
0 Francesca Bertini	41 Neva Gerbeer	72 Mae Marsh	103 Ruth Roland
11 Richard Bartelmess	42 J. Franck Glendon	73 Margaret Marsh	104 Anita Steward
12 Charles Chaplin (Charlot)	43 Susana Grandais	74 Tom Moore	105 Blanche Sweet
13 Grace Cunard (Lucile Love)	44 Gladys George	75 Joe Moore	106 Larry Semon
14 June Caprice	45 Jack Holt	76 Antonio Moreno	107 Gustavo Serena
15 Irene Castle	46 Mildred Harris	77 Mae Murray	108 Paulina Stark
16 Betty Compson	47 William S. Hart	78 Cleo Madison	109 Clarine Seymour
17 Jawel Carmen	48 Robert Harron	79 Jack Mulhall	110 Fannie Ward
18 Jane Cowi	49 Crelghton Hale	80 Harry T. Morey	111 Constance Talmadge
19 Alberto Capozzi	50 Taylor Holmes	81 Thomas Melgram	112 Norma Talmadge
20 Margarita Clark	51 Clara Horton	82 Pina Menichelli	113 Olive Thomas
21 William Duncan	52 Lilian Hall	83 Maciste	114 Madelaine Traverse
22 Carol Dempster	53 Sessue Hayakawa	84 Mia May	115 Maria Wallcamp
23 Dorothy Dalton	54 Carol Holloway	85 Febo Mari	116 George Walsh
24 Grace Darmord	55 Juanita Hansen	86 Shirley Mason	117 Pearl White
25 Virginia Dixon	56 Edith Johnson	87 Mabel Normand	118 Ben Wilson
26 Maxine Elliott	57 Magde Kennedy	88 Anna Q. Nilsson	119 Vera Vergani
27 June Elvidge	58 Clara Kimball	89 Hedda Nova	120 Katerine Mac Donald
28 Julián Eltinge	59 Mollie Bing	90 Alla Nazimova	121 Enny Porten
29 Douglas Fairbanks	60 Tilde Kassay	91 Sena Owen	122 Sandra Milonavoff
30 Francis Ford (Conde Hugo)	61 James Kirwood	92 Marie Osborne	123 Biscott
31 Alec B. Francis	62 Doris Kenyon	93 Jack Pickford	124 Pola Negri

Precio: 20 céntimos

## ARGUMENTOS

La Prueba de Hierro. (Agotado).  
El Monte del Trueno.  
La Mano Invisible por Antonio Moreno.  
El Misterio de los 13, por Conde Hugo. (Agotado).  
La Fortuna Fatal.  
Un Millón de Recompensa.  
La Golondrina de Acero, por Elen Holmes.  
El Vencedor de la Muerte. (Agotado).  
El Vengador, por William Duncan.  
Las Aventuras de Polo. (Agotado).  
La Daga Misteriosa, por Eddie Polo. (Agotado).  
Los Arlequines de Seda y Oro, por Raquel Meller.  
La Novela de un Joven Pobre, por Pina Menichelli.  
La Dueña del Mundo, por Mia May. (Tres cuadernos).  
El Diario de una Niña, por Margaita Clark.  
La Sombra, por Francesca Bertini.  
William Baluchet.  
El Hombre León.  
La Mujer Desdeñada, por Ruth Roland.  
La Red del Dragón, por Maria Wallcamp

La Gran Jugada, por Anne Luther y Ch. Hutchinson.  
Imperia.  
Las tres Semillas Negras.  
París Misterioso.  
La Novia Número 13.  
Mi Última Aventura, por Susana Grandais.  
El Atleta Invencible, por Eddie Polo.  
Las Huellas Perdidas, por Franklin Farnum y Mary Anderson.  
Los Jinetes Rojos, por J. Rian (Puñales).  
El Disco en Llamas, por Elmo Lincoln.  
La Reina de los Diamantes, por Eileen Sedgwick.  
Los Misterios de la Selva.  
El Hombre de las Tres Caras.  
La Carta Fatal.  
El Rey de la Plata, por Bruno Kaftner y Eva Spicer.  
Defenderse o Morir, por Eddie Polo.  
La Reina de la Luz.  
La Taberna.  
La Epopeya de una Mujer, por Carmen Myers.  
Vence a la Muerte, por Gastón Leroux.

Precio: 25 céntimos

Estas postales y argumentos se hallan a la venta en nuestra Administración, Barbará, 15. También se remiten por correo previo recibo de su importe y del franqueo necesario. Descuentos a corresponsales y revendedores. Rebajas por grandes partidas.



Precios de Suscripción

ESPAÑA:		
Un año.	10	ptas.
Seis meses.	5'50	"
EXTRANJERO:		
Un año.	15	"
Seis meses.	8	"

# Cine Popular

REVISTA  
ILUSTRADA  
SEMANAL

Barcelona 1.º Agosto 1923

Año III - Número 127

Redacción y Administración: Calle de Bar-  
bará, 15 - Apartado  
de Correos número 925.  
- Teléfono 2753 A.

## Hollywood es una Torre de Babel

Cuando nuestros lejanos antepasados pensaron llegar al cielo erigiendo una torre monumental, cuyos cimientos, según rezan unas recientes crónicas de arqueología acababan de ser descubiertos, el poder divino pensó en castigar tal soberbia, confundiendo y cambiando las lenguas de los insensatos, de forma tal, que la obra, en lugar de una torre, se convirtió en una verdadera jaula de grillos.

Sin duda los pobres mortales que habitan en Hollywood han debido cometer algún grave delito o desacato contra el supremo poder, pues «aquello», por el camino que lleva, se va a convertir muy pronto en una segunda torre de Babel.

Hollywood es el país de las diversidades lingüísticas, y no falta algún sabio americano—de esos sabios americanos que tienen ese criterio tan especulativo de la sabiduría—que afirme a sus alumnos que el mejor procedimiento pedagógico para adquirir a la vez diversas lenguas vivas, consiste en hacer un viaje a Hollywood y en permanecer allá una temporada.

Efectivamente Hollywood es un complicado rincón cosmopolita. Por sus estudios cinematográficos se escuchan las finezas lingüísticas francesas; los refinamientos rítmicos y musicales de la vieja y simpática matrona Italia; los gritos y gesticulaciones de españoles y portugueses; los formulismos británicos; las voces quilométricas sajonas; los misterios vocales japoneses; los guturalismos de los negros.

Efectivamente, nada debe ser más pintoresco ni entretenido como una visita y hasta un «ve-

raneo» en Hollywood, que según vamos viendo se debe parecer mucho a la Sociedad de Naciones, donde todos gritan mucho y ninguno se entiende.



Hoot Gibson

En lo único que nos parece que el idioma es universal es en el arte de hacer el amor.

En Hollywood se hace para todos los gustos y todas las tendencias, desde el ardientemente meridional, pasando por los misticismos de Sessue Hayakawa; los refinamientos de Rodolfo Valentino y la típica «posse» británica.

Entre las muchas cosas útiles que el viajero o el turista puede

aprender en Hollywood, está la sutil sapiencia amoratoria.

No sabemos si la tal es ciencia o arte, pero a juzgar por las exigencias de las «casaderas» modernas, no nos quedará otro remedio que refinar nuestro nativo instinto amoratorio, cursando unos estudios, siquiera breves, en Hollywood.

Porque el que profundice en el sentimiento de la mujer actual se dará cuenta que lleva casi siempre un héroe de cinematógrafo en su torre de marfil y no nos quedará otro recurso, si deseamos ser amados de un modo «complementario», que adaptarnos a los modernos procedimientos galantes, porque la verdad, yo, casado, no estaría tranquilo si pensase o sospechase que mi sistema no era el soñado por mi dama, la cual aun no terminara de arrojar de su citada «torre de marfil» al héroe que en forma de sombra pudiera empañar los días más dulces de mi felicidad y compartir conmigo fraudulentamente los pensamientos de mi compañera.

En lo que al beso se refiere, ese motivo tan útil y decorativo para el cinematógrafo, nos consta que existe en Hollywood una ley invariable. Esta:

Un inglés, pide por favor un beso. Un francés, lo suplica. Un italiano, lo borda. Un español, lo da siempre... sin pedirlo, ni suplicarlo, ni bordarlo.

¿Superioridad fisiológica? No lo sé, lector, pero si deseas más aclaraciones inquiere a quien haya visitado países extraños o hubiese vivido a todos juntos en esa torre de Babel que se llama Hollywood.

Aurelio



# Frank Mayo, el héroe de las damas



*La sugestiva silueta de Frank Mayo*

Frank Mayo pertenece a esa media docena de actores cinematográficos americanos que han sabido conquistar la simpatía de las mujeres.

Su arte sencillo y emocionante, su mímica arrancada de la vida real y la selección de los argumentos en que interviene como héroe, le han hecho ganar un

puesto de primera fila entre los actores del nuevo mundo.

## Nació en...

Frank Mayo nació en Nueva York el año 1886, con lo que será fácil a nuestros lectores y especialmente a nuestras lectoras hacer un cálculo indiscreto sobre su edad actual.

## Sus primeras aficiones

La vida no parecía inclinar a Frank Mayo hacia el arte, no obstante que proviene de familia de artistas.

Su padre fué un actor célebre y su mismo abuelo también fué un nombre conocido en la escena. No obstante, Frank Mayo fué educado en un colegio militar y posteriormente se dedicó a estudios técnicos.

## El arte

A su puerta llamó el arte imprevistamente y Frank Mayo, emigrado de América hacia Inglaterra y establecido en Liverpool, comenzó a tomar parte en compañías teatrales, hasta que adoptó decididamente esta profesión.

## Un tío providencial

Dudaba, no obstante, Frank Mayo, en continuar en el teatro, cuando recibió una carta de un tío suyo establecido en América, proponiéndole que se trasladara a su patria y tomase parte en la película en la que él, su tío, había de trabajar y que se titulaba *El hombre blanco*.

Aceptó Frank Mayo, y desde entonces acá todo ha sido triunfos y laureles en el cinematógrafo.

## Está casado

Como sabemos que este es un dato que interesa mucho a algunas lectoras, advertimos que Frank Mayo está casado desde el año 1921, por segunda vez, siguiendo el americanísimo procedimiento de la variedad. Su esposa es la célebre estrella rusa Dagmar Godorosky. A juzgar por lo que dicen, son felices.

\*\*\*

*Si quiere V. escribirle hágalo a*  
**FRANK MAYO,**

6411 Hollywood Blod  
Hollywood (California) U. S. A.



*Su perfil.*



*Su sonrisa.*



# El cine en el otro mundo

## Algunos datos sobre «La llama de la vida»

Además de la encantadora Priscilla Dean, cuyos éxitos alcanzados en sus últimas producciones *Fuera de la ley*, *Conflict*, *Miel silvestre* y *Bajo dos banderas*, que todo el mundo recuerda con agrado, figuran en el reparto de la gran película *La llama de la vida*, el gran actor Wallace Beery y el no menos famoso artista Robert Allis.

La obra ha sido puesta en escena por el famoso director Hobart Henley, que tanto éxito alcanzó en *El flirt*.

Es una adaptación de la novela de Frances Hodgson, hecha por Elliot Clawson. La acción se desarrolla en la cuenca minera del Norte de Inglaterra.

## Norman Kerry está contratado por la «Universal»

Después del maravilloso trabajo en *Los amores de un príncipe*, donde hace el papel de protagonista, la «Universal» ha contratado por cinco años al gran actor Norman Kerry, que se cree va a suceder a Rodolfo Valentino como ídolo de la pantalla.

En la cinta *El jorobado de Nuestra Señora de París* actúa con el importante papel de Phœbus.

## Una adaptación

De la obra teatral *Adornado de escarlata* se ha decidido hacer una atracción especial de la «Universal». El éxito del teatro Maxine Elliot, de Nueva York, será llevado a la escena muda por Jack Conway, y los intérpretes serán David Torrance, Roy Stewart y otros favoritos de la pantalla.

## Niña estrella

Lois Weber ha elegido a la niña Jane Mercer para el principal papel de la adaptación de la novela de Clara Louise Burnham. Tiene once años de edad y es una gran bailarina y artista.

## Importante reparto

Al reparto de la gran película *El jorobado de Nuestra Señora de París* se han agregado los artistas siguientes: Tully Marshall, Eulalie Jensen, Brandon Hunt, Kate Serter, Harry von Meter y Ernest Torrence.

## Un drama sobre la revolución rusa

Para la adaptación cinematográfica de *La guardilla de Félix Baon*, drama misterioso de la revolución rusa, se han elegido grandes artistas de reconocida

fama. Wallace Beery hará el papel de «Baon»; Estelle Taylor y Forrest Stanley desempeñarán papeles principales. Otros papeles importantes serán interpretados por Marta Mattox y Harry Carter. Stuart Paton dirigirá el film.

## «La vuelta al mundo en 18 días»

El popular actor de las películas-series de la «Universal», William Desmond, acaba de terminar *La vuelta al mundo en 18 días*, en cuya cinta es admirablemente secundado por la distinguida artista Laura La Plante.

Esta serie es la mejor y más emocionante del simpático actor.

## Diez mil dólares en perros

Diez mil dólares en perros se han gastado para utilizar en la filmación de la gran serie *Los peligros del Yukon*.

William Desmond, que figura como protagonista, ha logrado encarnar con gran perfección su difícil papel, alcanzando un éxito definitivo.

Rogamos a cuantos periódicos y revistas copien nuestras informaciones, se sirvan indicar la procedencia.

## Novela Popular Cinematográfica

Lujosa revista semanal que publica el argumento-novela de una película extraordinaria

## SE HAN PUBLICADO

Robín de los bosques, por Douglas Fairbanks.—El sello de Cardí, por Betty Blythe. — La agonía de las águilas, por Severín Mars y la Morlay.—La casa del misterio, por Masjouskine y Elena Darley.—Día de paga, por Charles Chaplin (Charlot).—Una carrera en Kentucky, por Reginald Denny.—El flirt, por Ellen Percy.—Chiquilin y Chiquilin hospiciano, por Jackie Coogan.—Theodora, por Rita Jolivet.—¡Qué tontos son los maridos!, por Enid Bennett.—Señal de amor, por Mary Pickford.—Distracción de millonario, por George Arliss.—La duquesa misterio, por Hesperia.—Las apariencias engañan, por María Prevost.

Cada ejemplar va acompañado de una preciosa postal retrato de artista. Precio 25 céntimos



# ¿Qué actriz de la pantalla le gusta a usted más? ¿Por qué?

CINE POPULAR, como revista moderna, organiza de vez en cuando encuestas y concursos entre sus numerosos lectores, despertando de este modo las dormidas aficiones literarias entre aquellos españoles «que llevan una comedia debajo del brazo».

Cuantos concursos organizó este semanario obtuvieron un éxito superior al que se esperaba. El que me tilde de exagerado hojee la colección de CINE POPULAR y se convencerá de la veracidad de mi afirmación. Si quiere ahorrarse esa molestia, fíjese sólo en la favorable acogida dispensada a la sección: «¿Qué piensa usted de la pantalla?»

Me estoy dando cuenta de que si continúo el camino emprendido, de divagación en divagación entraré en linderos vedados. Y a fin de evitar esto, iré derecho al grano. Felicito al señor Director de CINE POPULAR por el acierto con que asume sus funciones, siempre atento a velar por el interés del público, sorprendiéndonos con constantes renovaciones. Sin duda alguna en la redacción de CINE POPULAR ostentan el dilema: «Renovarse o morir».

A la pregunta que encabeza estas mal trazadas líneas, contesto que la actriz que más me gusta es Rita Sachetto.

¿Por qué?

Por varias razones. Citaré la más importante. Porque, como las gitanas, según dijo un famoso escritor, cuyo nombre siento no recordar, la Sachetto «tiene en sí, además de la regularidad de sus facciones, de su esbelta figura, de su ligero talle, de sus agraciados modales, una mirada a la que se atribuye el poder de engendrar pasiones».

Vi a la Sachetto por vez pri-

mera en la película *La hija del gitano*, y rápidamente dije, al par que acudían a mi memoria las palabras del párrafo anterior que están entre comillas: La Sachetto es gitana.

Pero me equivoqué. Más tarde me enteré que la que por su belleza podía pasar por gitana, era de cuna italiana y nacionalizada en Dinamarca.

Ninguna artista reúne condiciones tan excelentes para dar vida a la «Carmen» que soñara Próspero Merinée, como Rita Sachetto. Y sin embargo negóse a ello. ¿Me lamento justa o injustamente de la inexplicable resolución de la Sachetto?

La segunda vez que la inquietante figura de la Sachetto apareció ante mis ojos, fué en *La condesa Majarka*, notable drama basado en un bello pensamiento de aquel gran poeta llamado Víctor Hugo: «Las mujeres juegan con su belleza como los niños con un cuchillo, y se hieren».

Salí encantado de la maravillosa labor que en el transcurso de la película desplegó Rita Sachetto. Igual que la primera vez que

la vi, resumi mi opinión en una corta frase: «La Sachetto es una actriz dramática formidable».

Volví a deleitarme Rita Sachetto con *Beatriz*, ainda comedia digna de un Benavente, un Bernstein, un Nicodemi...

Y ya no supe más de mi actriz cinematográfica predilecta.

¿Habría muerto? ¿Habría abandonado el cine? preguntome no pocas veces.

Un día, por una feliz casualidad, en una revista extranjera descubrí su retrato.

Gracias a dicha revista enterme que se dedicaba con más empeño al divino arte del silencio.

A España no llegan las películas de Rita Sachetto, la prodigiosa actriz injustamente olvidada.

Mientras un señor importador de films no nos presente producciones de la Sachetto, lanzo una pregunta como la que yo conteste: ¿Por qué? ¿Por qué no se proyectan en nuestros cinematógrafos películas de Dinamarca?

Ernesto Rico



Una escena de «La Duquesa misteriosa»



# NUESTROS CONCURSOS

USTED VOTARÁ  
POR UNO DE  
ESTOS CUATRO  
REYES DE LA RISA



*Max Linder es el rey europeo de la risa*

CINE POPULAR organiza esta nueva encuesta para conocer los gustos del público de España en lo que a actores cómicos de la cinematografía se refiere.



*Tomásín, el héroe de los niños*

Nuestra sección «Buzón Público» no puede dar cabida a tantos cientos de opiniones y cartas recibidas, y la Dirección ha pensado que el modo más directo y práctico para averiguar los gustos de los espectadores españoles, consiste en organizar encuestas parciales como la realizada anteriormente y que éxito tan imprevistamente resonante obtuvo.

La encuesta de hoy es para saber quien es el Rey de la Risa, a juzgar por la opinión de nuestro país.

Los sufragios pueden enviarse como en nuestro anterior Concurso, debidamente firmados, a nuestro apartado de Correos 925, hasta el 24 de julio, fecha en que quedará cerrada la admisión de sufragios.

¿Qué actor cómico es el rey de la risa?

¿El enigmático Charles Chaplin (Charlot)?

¿El candoroso Tomásín?

¿El célebre actor francés Max Linder?

¿Harold Lloyd «El», el caballero de las gafas?

El sufragio es el mejor argumento.



*Charlot es el actor de la risa científica*

Vote usted por su actor favorito y haga triunfar el nombre del que tan buenos ratos le ha proporcionado.



*Harold Lloyd «El», creó escuela con sus típicas comedias*

D. .... domiciliado en .....  
calle de ..... vota por el actor cómico .....

Firma

Dirigirse a nuestro Apartado de Correos 925



Cuentos de CINE POPULAR

# AMBICIONES QUE MATAN

Se hizo la obscuridad. Una obscuridad semivelada, que al romántico Rodolfo se le figuraba precursora de misterio. En el ambiente, de confidencia, musitaba el público conversaciones. Un público burgués que buscaba en el cine la diversión barata. ¡Qué sabían ellos de satisfacciones estéticas ni de artísticos refinamientos!

Rodolfo se arrellenó en su butaca y contempló, con la estúpida impaciencia del que espera un acontecimiento, la pantalla que ponía allá, en el centro del salón, una mancha de blancura.

De aquel cuadro, al contacto mágico de un rayo de luz, brotaría un mundo. Pasiones, cariños, rencores y dichas. ¡Igual que en la vida! Era raro lo que en el cine experimentaba Rodolfo. El no sabía explicarlo. Algo que, desde el principio, a veces

como un latigazo, otras como una caricia, las más como una atmósfera, una ráfaga palpitante le envolvía, y le transportaba, y le elevaba en un torbellino irresistible. Cuando al final de una parte le precipitaba con rudeza desde las regiones del ensueño a la realidad del patio de butacas, el desencanto de Rodolfo era enorme. Se reía de sí mismo. «¡Si seré cursi!» se decía. Pero volvía la proyección y con ella tornaba el sueño. Y sus nervios, exaltados, verificaban el milagro de un desdoblamiento psíquico.

En él había dos personas. La una, la prosaica, la común. La otra... ¡Oh la otra! Varia, multicolor, exuberante, ya deforme, ya perfectísima, vivía por unos momentos la infantilidad genial de Mary Pickford, el gesto optimista de Douglas Fairbanks,

las audacias de Tom Mix, los soberanos arrestos de Eddie Polo, la trágica mueca de Francesca Bertini, el sacrificio heroico de Hayakawa, la mágica sonrisa de William Farnum, la sombría acometividad de William S. Hart.

Aquella vez, la silueta airosa de Antonio Moreno, como un gladiador, decía gallardía y valor en el lienzo. Contemplaban todos aquel entreeje de resolución y aquella mirada de acero del triunfador compatriota.

Y por unos momentos sintieron todos como un escalofrío, el orgullo de ser españoles.

El corazón prendido en la trama del film, Rodolfo seguía con la ansiedad de un chiquillo las azarosas aventuras de un episodio audaz.

Unos murmullos a su lado fueron bastantes a sacarle de su abstracción. Oyó:

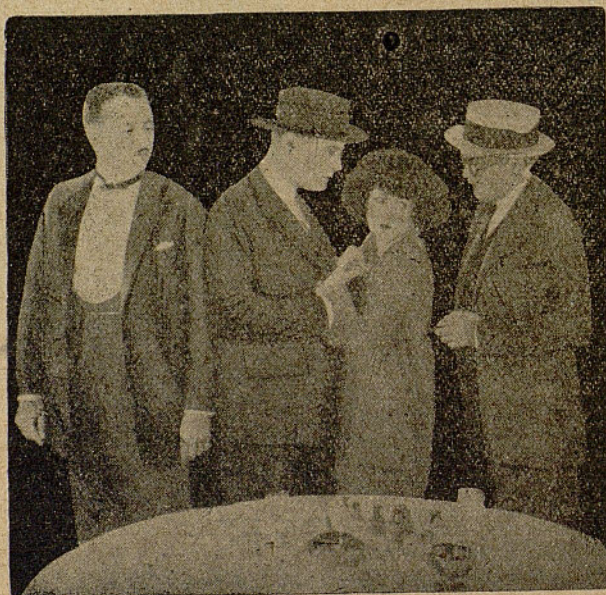
—¡Mira ese señor, entusiasmándose con esas tonterías como un niño precoz!

Tenían razón. Pero no lo podía evitar. Era esa cuerda de ingenuidad que todos guardamos como legado de nuestra infancia, la que ahora vibraba y se conmovía ante las inverosímiles luchas e inconcebibles peligros. Era ese resto de niño que siempre queda en el hombre y hace aun a los ancianos prorrumpir en el circo en una carcajada estrepitosa, ante la bufa pirueta de un clown. El hubiera dado estas explicaciones. Pero lo probable es que el murmurador vecino no las hubiera comprendido. Por eso prefirió callar.

Mas no sé qué vaga inquietud invadía hoy a Rodolfo y le impedía servir, como otras veces, de «medium» al alma de la película.

Se dió cuenta, de pronto.

Un perfume intenso, aroma excitante, inconfundible olor de



Una escena de «Las apariencias engañan».



mujer, a carne joven y a frescura fragante, se filtraba inquietante, indefinible, hasta el alma del joven.

Y sintió Rodolfo junto a su frente inclinada el roce sedoso de unos cabellos rizados, y junto a su pierna recogida el contacto cálido del cuerpo femenino.

Como un sortilegio brujo, la «atmósfera» de la desconocida atraía poderosamente al tímido Rodolfo. Ya no se fijaba en las hazañas de Moreno.

Y cuando la luz tornó, se apresuró a ver la cara de su vecina. Un enorme sombrero, de anchas alas rectas, ocultaba casi todo el rostro. No obstante, se podían ver unos ojos maravillosamente azules, una boca inverosímilmente roja y una tersura magnífica y nítida en las mejillas, donde un lunar ponía su desconcertador puntito gracioso.

Notó la desconocida el examen de que era objeto. Y con un mohín gracioso de aquella boca y un reflejo de aquellos ojos que todo lo expresaban, exclamó, despojándose del sombrero: —¡Uf, qué calor!...

Rodolfo no pudo evitar una exclamación de asombro. La que tenía delante, la que le ofendaba con una sonrisa magnífica... ¡era Perla Blanca! No podía equivocarse. El, entusiasta del cine, estaba seguro de reconocerla en cualquier parte. La misma cascada de oro ensortijado sobre la cabeza, el mismo gesto coquetón e infantil a la vez... ¡Todo, todo!... Acentuó aún más su sonrisa, la desconocida, y dirigiéndose a Rodolfo:

—¡Qué! Usted me cree una gran artista no? ¿A qué he acertado? Pues no es más que un parecido. Un parecido maravilloso con la White. Todos me toman por ella. Tanto, que han decidido mi vocación. ¡Quiero ser artista! Pero, ¡ilusoria aspiración la mía! En esta España arcaica, gazmoña, es imposible alimentar una ilusión. Las que, por desgracia, vivimos sólo de una esperanza, o debemos ahogarla, para que no sucumba en ese ambiente negro y enrare-

cido, o volar con ella a países donde haya luz y haya sol. Tengo proyectado un viaje a California. Me dicen que es una locura... pero... mi ambición y mi sed de gloria son muy grandes, y me arrastran, me arrastran... ¡hasta que me arrojen al abismo de la muerte o me eleven al trono del triunfo!

Prosiguió la conversación una vez roto el hielo. Y Rodolfo supo que la desconocida se llamaba Estrella. Pudo deducir también, por el calor de su oración, su audacia y su valor. Y al pensar en los embates del aspirante a actor, tuvo miedo. Miedo por aquella muñequita frágil como una porcelana, que a su lado le hablaba de proyectos y de ilusiones, con una seguridad asombrosa. Y tuvo también compasión.

Estrella charlaba, animada, transfigurada.

—Mire: usted me es simpático porque me comprende. ¡Si usted también tiene cara de actor!... Usted debería venirse conmigo... ¡Oh, qué proyecto! Mire: allí podríamos ser camaradas, ayudándonos y consolándonos. Usted sabría proteger-

me como un padre... No, no es esa la palabra... Como un hermano... ¡Tampoco!... Ni amigo... ¡Como un novio!... ¿Quiere usted ser mi novio en California?

Rodolfo se asombraba ante la libertad de Estrella. Ella comprendió.

—Estoy educada a la norteamericana. Así me amoldaré más pronto a la psicología de Los Angeles... Pero nos estamos entreteniendo. ¡Mire usted a Moreno!

Rodolfo miró. Era la terminación de la serie. Y vio en la pantalla dos caras que se fundían en un beso de felicidad. Estrella estaba dominada. Insensiblemente, resbalando, pegó su cuerpo al de Rodolfo y le cogió las manos. Rodolfo sonreía y recordaba, como una burla, sus palabras de un día:

—Yo no consideraré jamás a la pantalla como tal, para la intimidad amorosa. ¡Sería un sacrilegio!

Los ojos de Estrella brillaban con un reflejo felino.

Alvaro Leblund



Otra escena de «Las apariencias engañan».



# El Programa VILASECA Y LEDESMA

Argumentos de las películas que semanalmente se estrenan en el aristocrático PATHÉ-CINEMA

## VIDOCQ

Producción basada en la novela de Arturo Bernede, publicada en «Le Petit Parisien»

(Continuación)

Han transcurrido varios años. En 1822, Vidocq, promovido a Jefe de Seguridad, ha organizado una brigada especial que por su valor, por su audacia y por sus repetidos aciertos constituye el terror de los malhechores.

Ahora bien: no obstante los milagros de ingenio que Vidocq ha manifestado y a pesar de sus trabajos continuos y siempre al parecer bien orientados, no ha podido aun dar con la pista de sus hijos.

Ha probado muchas veces su capacidad y su talento, ha tenido la energía suficiente para parar y aun devolver los golpes más peligrosos, y tanto en sus minutos de rápida reflexión como envuelto en la lucha más desenfrenada, Vidocq ha conservado siempre la serenidad de juicio más absoluta.

Esto hace que el ex oficial de ejército, que el evadido de presidio, y por fin el hombre de confianza de la policía, pueda armonizar los múltiples deberes de su cargo con el afán siempre vivo, principal fuerza que espolea sus energías, con el deseo, en él siempre latente, de encontrar a sus hijos perdidos.

De nada le ha valido su influencia, de nada sus visitas discretas y audaces a los centros donde suelen reunirse hampones y tahures. Nunca pudo alcanzar una palabra, un gesto, una pis-

ta, en fin, que le pusiera sobre la verdadera senda para encontrar a los niños.

Sus pesquisas encaminábanse principalmente a saber el paradero de Francine, la mujer a quien los chicos fueron confiados, pero tal aventurera sabía esconderse tan bien para no caer en las uñas del nuevo jefe de policía, que también fueron inútiles todas las gestiones de Vidocq para encontrarla.

Un día, estando Vidocq en su despacho oficial de la calle de Santa Ana, presentáronse allí sus amigos y en cierto día sus protectores, Coco Lacour y Bibí la Grillade. La visita tenía por motivo un asunto de bastante importancia. Coco anuncia al Jefe de policía que en cierto individuo introducido en la mejor sociedad y conocido por el marqués de la Roche-Bernard, ha reconocido al famoso Aristo, jefe que fué de la deshecha banda que se titulaba «Los hijos del Sol».

Vidocq sonríe incrédulo y después de reflexionar unos momentos desmiente rotundamente tal creencia.

—Existen—dice—las pruebas oficiales de que Aristo ha muerto.

Coco y Bibí, no obstante la negativa de Vidocq, insisten en sus manifestaciones y con tal seguridad se expresan, que Vidocq acaba por impresionarse con semejante confianza y decide realizar por sí mismo las necesarias averiguaciones.

El marqués de la Roche-Bernard ocupa, en efecto, una situación privilegiada. Es rico, dispone del favor de los que dirigen la cosa pública y goza de la protección ilimitada del conde de Artois. Habita con su hermana

Yolanda un espléndido hotel propiedad de la familia antes de la Revolución, y que los Borbones les reintegraron con títulos y fortuna cuando volvieron a ocupar el trono de sus mayores.

Por aquellos días acaba el Marqués de pedir en matrimonio a la señorita María Teresa de



Champtocé, hija del duque de Champtocé, par de Francia; pero María Teresa se opone enérgicamente a las pretensiones del Marqués. María Teresa está enamorada de un joven modesto llamado Aubin Dermont. Este joven posee un privilegiado talento para la música y ocupa la plaza de organista en el castillo de Cherisy, residencia habitual de M. de Champtocé.

Antes que atender los consejos primero y los mandatos después de su padre para que celebre su matrimonio con el Marqués, María Teresa prefiere se-

pararse del mundo y olvidar su dolor en el silencio de una celda.

Entre tanto Vidocq, que va siguiendo una pista que considera segura para el mejor éxito de sus investigaciones, ha entrado secretamente en el domicilio de una mujer llamada madame

Una vez allí y bajo un pretexto sin importancia, Manon y Vidocq consiguen entrar en el parque del castillo y el jefe de policía reconoce al Aristo en la persona del Marqués, mientras que Manon, con profunda sorpresa por su parte, reconoce en Yolanda, la que pasa por ser hermana del Marqués, a Francine, la mujer a quien Manon confió sus hijos, que más tarde dicha mujer abandonó.

Pero si Manon y Vidocq son dos buenos fisonomistas y tienen una memoria privilegiada, no lo son menos Aristo y Francine, pues éstos han reconocido a sus visitantes en su verdadera personalidad, a pesar del esmero con que han logrado disfrazarse.

Los enemigos irreconciliables se han encontrado. La lucha va a empezar intensa y terrible. Desdichado del que en ella caiga. Aquel ya no se levantará más.

Una circunstancia inesperada hace a Vidocq ejercer en el castillo sus funciones de jefe de policía. En el palacio ha sido detenido un ladrón que al parecer quería «operar» aprovechando la mucha concurrencia en el jardín del castillo.

Vidocq interroga detenidamente al presunto ladrón y momentos después, sin haber encontrado nada importante en sus declaraciones, le pone en libertad, no sin destacar a varios agentes para que no lo pierdan de vista.

En cuanto a Manon, encargada por Vidocq de celebrar una entrevista con Aubin Dermont, el organista, se dirige al domicilio de éste. No lo encuentra y

deseando conocer algún detalle que le permita encontrarlo cuanto antes, marcha a casa del padre Dubois, venerable cura de Nuestra Señora d'Auteuil y tío de Autin.

De su conversación con el anciano sacerdote saca Manon tan favorable impresión del joven músico, que le considera exento de toda culpa y participación en el asunto cuya pista van siguiendo con tanto interés.

Terminada esta segunda visita, Manon se dirige a la calle de Santa Ana para dar cuenta a Vidocq del resultado de su entrevista, pero al llegar al despacho del jefe de policía se entera de que éste no ha parecido por allí en todo el día.

Inquieta busca a Coco y Bibí y con ellos se dispone a encontrar a Vidocq.

Vidocq, no conforme con los espías que ha puesto al ladrón detenido en el palacio del Marqués, ha querido ser él mismo quien le vigile y le ha seguido de cerca espionando sus más pequeños movimientos.

El presunto ladrón, sin saber, al parecer, que era perseguido, se ha internado por calles estrechas y oscuras, propicias al atraco y al crimen, y por fin, después de una larga peregrinación entre las sombras, aquel individuo se detiene ante un bar miserable en cuya puerta se lee en letras grandes el siguiente título: «El buey rojo».

En aquel tugurio se reúnen «Los hijos del Sol», la famosa banda destrozada por Vidocq y reconstituída por Aristo.

(Continuará)

FIN DE LOS ARGUMENTOS PATHE CINEMA



# Algo sobre la gran película "Los enredos de Anatolio"

Se trata de una super-producción, como nuestros lectores podrán ver a su tiempo.

Hay que saber apreciar lo que en síntesis general significa una verdadera producción cinematográfica en la que el arte, la dirección de escena y la habilidad encerrada en la trama del libreto, figuran como primordiales elementos llenos de complejidad y exuberancia, tendrá la feliz oportunidad de admirar, por vez primera, desde el cinematógrafo, el séptimo arte, emprendió el mayor grado de prosperidad que ha alcanzado hasta hoy, una de esas producciones que justa y merecidamente podría adjetivarse como una cosa especial y extraordinaria.

Varias son las circunstancias en conjunto que radican en dicha producción cinematográfica para asegurar al público que verá una cinta de magnitudes tales, que no es posible formarse tan siquiera una remota idea.

Una de ellas, en primer lugar, es el sello de suprema garantía de la acreditada casa «Paramount» que ha escalado la empinada cumbre de la superioridad en la que ha podido mantenerse hasta hoy inamovible, realizando día tras día nuevos esfuerzos para asombrar al mundo con sus producciones que aun no han podido admitir competencia. Otra de dichas circunstancias que concurren para prodigar toda clase de elogios a lo que se lleva dicho, es la de que el tan celebrado Cecil B. De Mille, director técnico y artístico de la «Paramount», aparece al frente de un poderoso núcleo de «ases» de la pantalla que integra el selecto reparto de la obra, conjunto que jamás ha sido presentado y que, merced a tanto esfuerzo acumulado por fin se ha conseguido con éxito más lisonjero.

Y no pocos son los directores cinematográficos que tuvieron

ese mismo intento y que, decepcionados, desecharon sus propósitos, ora por los crecidos gastos en que necesariamente tenían que incurrir por los fabulosos sueldos de actores de primera clase por actuar ante el lente fotográfico solamente por breves momentos; ora por la grandiosa e invencible dificultad de encontrar ese competente personal adiestrado. Pocas, muy pocas son las casas cinematográficas que pueden disponer en cualquier momento dado, como la poderosa «Paramount», de un numeroso conjunto de estrellas siempre atentas a la voz de mando de su director, y dispuestas convenientemente para actuar ante el objetivo.

Y todo esto es lo que se ha conseguido en la hermosa producción, joya de gran arte y lujo, que lleva el sugestivo título de *Los enredos de Anatolio*.

Uno de los tantos detalles especiales de *Los enredos de Ana-*

## TODOS!!

Pueden deleitarse con las producciones populares de los clásicos de la literatura castellana. Adquirid nuestra colección CUADERNOS POPULARES y en ella hallaréis el más sano recreo del espíritu.

### TITULOS PUBLICADOS

1. El tren expreso.	R. Campoamor.	13. Para las mujeres	
2. Veinte doloras.	»	(Coplas).	N. D. de Escobar.
3. Doscientas humoradas.	»	14. Fábulas.	T. de Iriarte.
4. Cantares.	»	15. Fábulas.	F. Samaniego.
5. Dulces cadenas.	»	16. Selección de epigramas.	Varios autores
6. ¿Me caso o no me caso?	»	17. Jotas aragonesas cantadas y	»
(Los grandes problemas).	»	bailadas.	»
7. Couplets.	Luis Esteso	18. Nuevas rimas	A. Bequer.
8. El crimen de Cuenca y otras	»	19. Poesía patriótica	Varios autores
cosas.	»	20. Monólogos.	R. Campoamor.
9. El nuevo crimen de Cuenca	»	21. Poesía amorosa.	Varios autores.
y otros.	»	22. En el desierto.	F. Villaespesa
10. Para reirse.	»	23. La historia de muchas	R. Campoamor.
11. Sermones.	»	cartas.	C. de la Barca.
12. Desesperación - Arrepentimiento	J. Espronceda.	24. Cuentos y canciones	Varios autores
Cáncer.		25. Poesía humorística.	

Precio de cada cuaderno, 10 cts.

Pedidos a PUBLICACIONES MUNDIAL - Barará, 15.  
Apartado Correos 925



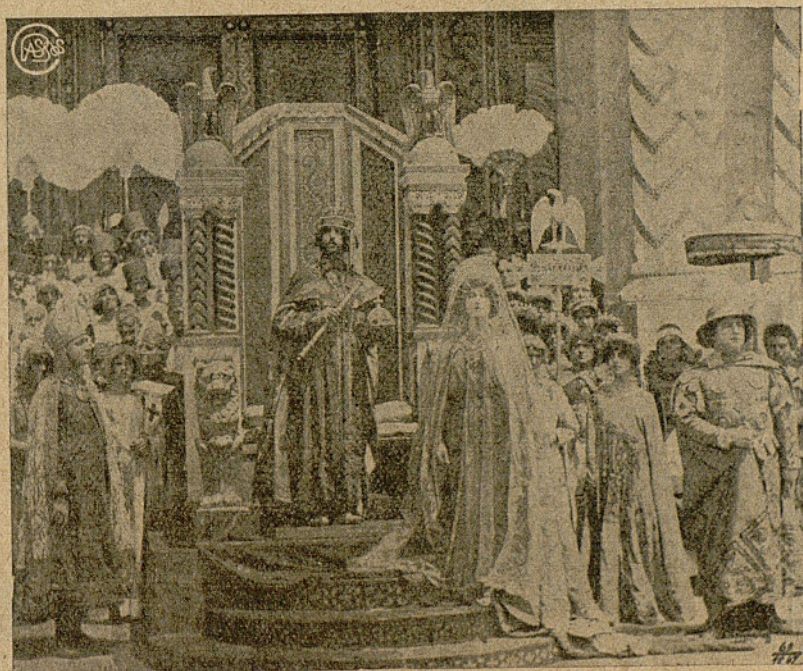
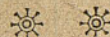
tolio, fué que existía la opinión de que debería ser cambiado el título, pues está basada sobre una popular obra teatral del mismo nombre, tal como fué bautizada por su autor Arthur Schnitzler, siendo el mismo Cecil B. De Mille el que no sabía si dejarle ese título o colocarle otro, y al efecto pensó en el de *Los cinco besos*. Pero éste no se conformó con su determinación, y deseaba a toda costa conocer la opinión del público. Y al efecto fué redactada una carta circular distribuyéndose profusamente entre dos mil exhibidores preguntándoseles cuál título les parecía más acertado, si *Los enredos de Anatolio* o *Los cinco besos*. Los exhibidores, por su parte, querían conocer la opinión de su público, y de este modo fueron reunidos 263,191 votos. De las dos mil cartas circulares enviadas a los exhibidores, 1,397 contestaron, correspondiendo 1,010 votos en favor del título original del libreto que sirvió de base para la adaptación cinematográfica. La mayor parte de aquellos que votaron favorablemente para el título de *Los enredos de Anatolio*, fueron exhibidores en ciudades de más popularidad, y los comentarios

que acompañaban con su respuesta, demostraron que al menos en las ciudades de mayor importancia preferirían que los títulos originales deberían ser conservados en las películas que están basadas sobre famosas novelas u obras teatrales de mayor éxito.

Sabido es que las producciones de Cecil B. De Mille siempre se han distinguido por el irreprochable lujo con que son presentadas, y *Los enredos de Anatolio* es una de las que han traspasado los límites de esa distinción. Y todavía hay otro rasgo característico que la hace más saliente entre todas las que hasta hoy han sido presentadas: el hecho de figurar en su selecto reparto nada menos que doce estrellas de las más conocidas y que tanto se han distinguido en anteriores producciones. Por ejemplo: Wallace Reid, el joven esposo que ya no sabía qué hacer ante la despreocupación de su encantadora compañera, quien ya casi le indigestaba con una interminable serie de besos y caricias; Gloria Swanson, la esposa que rendía más veneración a su ultra-lujosa toalet matutina que a su marido, quien soportaba pacientemente su pre-

ciosa carga; Elliot Dexter, el amigo que tuvo necesidad de intervenir pacíficamente para evitar el naufragio de un matrimonio que navegaba casi al garete; Bebé Daniels, la mujer «más malvada de Nueva York»; Monte Blue, el labrador que invertía todo su dinero en su granja, haciendo caso omiso de su bella esposa; Wanda Hawley, una muchacha que solamente pasaba la vida divirtiéndose en cabarets; Theodore Roberts, el hombre de hierro y a la vez decidido protector de la «inocencia femenina»; Agnès Ayres, que gustaba lucir costosos y flamantes trajes en vez de conservar el buen nombre de su pobre marido; Theodore Kosloff, el hipnotizador indio; Polly Moran, en una interpretación de comedia bufa; Raymond Hatton, el profesor romántico de música con largas melenas y mirar melancólico; y por último, Julia Faye, la domadora de una terrible pantera que hacía de guardián en una alcoba de exótico gusto oriental.

Con tales elementos auguramos a *Los enredos de Anatolio* un formidable éxito.



Una escena de la brillante película «Theodora».



TEMPORADA  
DE VERANO

1923

A PRECIOS  
POPULARES

P  
A  
T  
H  
E  
-  
C  
I  
N  
E  
M  
A

## Pathé - Cinema

Todos los días, sesiones tarde y noche

GRANDIOSO PROGRAMA  
DE EXCLUSIVAS

*Butaca (localidad única).* . . . . . 0'60

## Pathé-Palace

Todos los días

SESIÓN MONSTRUO

continua de las 3'30 tarde a 12 noche

INTERESANTES PROGRAMAS

*Especial.* . . . . . 0'25

*Preferencia.* . . . . . 0'50

*Butaca.* . . . . . 0'60

Los domingos y días festivos, sesiones  
matinales en ambos locales

P  
A  
T  
H  
E  
-  
P  
A  
L  
A  
C  
E



# Lo que harían si algún día se retiraran del cinematógrafo

## Cecil B. de Mille daría la vuelta al mundo

Si algún día me retiro del cinema, daré una vuelta al mundo en mi propio yate *The Seaward*. Hace mucho tiempo que tengo proyectado este viaje, pero la falta material de tiempo me ha impedido efectuarlo.

A mi regreso de ese viaje, si lo hiciese, tal vez me dedicaría a banquero, pues para comenzar ya ocupo el cargo de vicepresidente del Federal Trust and Savings Bank, de Hollywood, y pertenezco al Consejo de Directores del Commercial National Banks, de Los Angeles. El cambio de director cinematográfico a banquero no me disgustaría en lo más mínimo.

Caso de que mis deseos llegasen a realizarse, haría lo posible por escribir un drama al año para el teatro hablado, el cual dirigiría yo mismo. Esto lo haría simplemente por distracción y de ninguna manera por lucro. Mi intención sería probar en el teatro hablado algunas de las ideas que se me han ocurrido durante mis años de director cinematográfico.

Pero todo esto son proyectos que, como he dicho antes, es muy difícil que llegue a realizar.

## Julia Faye se dedicaría a escribir para el cinematógrafo

Si algún día me retiro del cinema, lo cual me parece que va a ser bastante difícil, tengo in-

tenciones de dedicarme a escribir escenarios o argumentos cinematográficos. Hace tres años que estoy estudiando la técnica de escribir obras para adaptarlas al cinema. Esto lo hago, como es natural, con la intención de practicarlo si algún día me retiro del cinema. ¿Pero me retiraré algún día?

Bajo la tutela de Cecil B. de Mille, que en mi opinión es el

mejor director de películas que existe, me dedico a estudiar la técnica de escribir argumentos. Si Cecil B. de Mille adaptase a la pantalla y dirigiese los argumentos que algún día yo pienso escribir, mi ambición más grande en la vida se vería cumplida.

Teniendo en consideración el valor educativo del cinema, procuraré siempre que mis argumentos se adapten a las reglas morales más estrictas, pues es una verdad incontestable que las películas son el instrumento más poderoso de que disponemos para difundir el bien por todos los ámbitos de la tierra.

## NOTAS DE LA SEMANA

### Próxima atracción

A bombo y platillos ha sido anunciada la nueva producción *The Ramblin' Kid*, como tercera atracción de Hoot Gibson. La «Universal» para cumplir sus promesas acaba de adquirir los derechos de la novela del mismo título.

Ahora nos falta decir a nuestros lectores que el motivo de que la «Universal» se decida a lanzar esta nueva producción no es otro que el nacimiento de una niña a quien se ha bautizado con los nombres de Lois Charlotte y que dicha niña es fruto venturoso del matrimonio del actor Hoot Gibson con cierta y muy célebre estrella de la pantalla.

Los americanos son así.

### Balzac en el cine

Han empezado los trabajos preliminares para llevar a la pantalla la obra *París*, original de Balzac, el famoso autor francés.

De este célebre escritor se han llevado ya algunas obras al cine, y aunque en todas ellas el éxito ha correspondido a las esperanzas puestas en dichas producciones, en ésta, cuyos trabajos han empezado, se espera que el éxito sea mayor que el alcanzado en otras anteriores.

Una de las actrices que inter-

pretará un principal papel en la película de referencia es Stewart Rome.

### Otra vez en París

Después de su enlace en América con la artista William Elliot ha regresado a París la celebrada estrella francesa Louise Lagrange.

Acompañada de su esposo piensa trabajar en varias películas que prepara una nueva manufactura franco-americana.

También está en París, Perla Blanca, cuya fama es una de las más grandes y mejor cimentada.

Con la llegada de esta estrella ha coincidido la del gran artista William Farnum.

## NUESTRO CONCURSO

A petición de muchos de nuestros lectores, nuestro Concurso será cerrado definitivamente el día 8 de agosto, fecha en que se hará el recuento de votos habidos.

## DEPILATORIO BORRELL





# Los electrofotográficos en el cine

## La complicación de los colores en el cinematógrafo

Todas las prendas de ropa que a los ojos de los que acuden al cine aparecen blancas en la pantalla, tales como las camisas de los hombres y los pañuelos de las damas, no son níveas sino que tienen un color verde claro como el del limón.

Esto depende de que si fueran blancas reflejarían los rayos solares con demasiada irradiación, echando a perder los efectos fotográficos. Si ustedes vieran a los actores vestidos de rigurosa etiqueta y con bellas planchadas camisas verde yerba, no comprenderían tamaños des-acatos hasta que no les presentasen la película respectiva y entonces se admirarían de que el tal verde hierba resultaba en la cinta de una alburá desconcertante.

Este problema de los colores de las ropas de los artistas da lugar a multitud de disgustos en las bambalinas, es decir, en los estudios de las compañías productoras cinematográficas, porque hay actrices que se gastan un dineral en un vestido de lujo y cuando se presentan a trabajar en las escenas mudas, el director se pone furioso y las manda cambiar de ropa, con el consiguiente torrente de lágrimas y ataques de nervios, porque, a lo mejor,

el tal vestido, con el que se proponían conquistar una docena más de admiradores no sirve para los efectos cinematográficos.

Recordamos el caso particular de una conocidísima actriz, allá en los principios de su carrera en el cine, que se mandó hacer un traje de recepción recamado de plata.

Era una creación parisina estupenda y en cualquier teatro o baile habría llamado la atención; pero el director de escena la dio una zarabanda de las buenas y la obligó a cambiar de indumentos porque los reflejos de la hermosa tela, en la fotografía, formaban una serie de destellos luminosos, tan intensos, que la actriz parecía, en el lienzo, vestida de rayos y centellas.

Precisamente eso fué lo que dijo el director de escena:

—¡Rayos y centellas!

Si las ropas que deben salir blancas en la pantalla fuesen realmente blancas, saldrían sobre el lienzo o negras o con una especie de halo semejante al que ponen a los santos y las figuras sagradas en los cuadros religiosos.

Esto de la fotografía cinematográfica tiene sus bemoles. Los espejos han sido siempre motivo de dificultades de las escenas mudas.

Al principio se les ponía una capa blanca de jabón o pintura

que impedía que echaran a perder los efectos de luz o que reflejasen las escenas hechas frente a ellos. Luego se les coloca en situación científica para que den el efecto realista sin causar desastres escénicos.

Hay actrices que se ponen bermellón en los labios, y en la pantalla la boca sale de un negro recalcitrante y más que labios parece tener bigotes de moro.

La generalidad de los vestidos de las actrices de cine son rosados, que es el color que mejor se presta a los bellos efectos de luz.

Las películas en colores, con el sistema que actualmente se emplea para dárselo, tienen la desventaja de lastimar la vista a causa del método que se usa para la coloración y que implica el empleo de pantallas especiales que forman «grano» sobre la cinta y que por sus irregularidades hierde demasiado viva y heterogéneamente la pupila humana. Por lo demás, a nuestro juicio, eso de las películas en colores será siempre un fracaso, porque todo lo que tienda a disminuir el carácter imaginativo de las producciones de cine, jamás gustará al público.

## CORRESPONDENCIA

J. B. — Es mucha la correspondencia que diariamente recibimos y mucho el original inaplazable que hemos de publicar. Tomamos nota de su deseo y le complaceremos lo antes posible.

Miguel Jarrá. — Recibida su carta, de cuyos extremos tomamos buena nota.

José Cabanas. — Remita 10 pesetas por giro postal y le subscribiremos por un año.

Férrer. — Recibimos su carta. La estudiaremos.

Magin Nova. — Tomamos nota de su deseo, que atenderemos en el número próximo.

Mac Intosh. — Para el próximo.

P. Rodríguez. — Recibida su nota.



Una escena de «La Duquesa misterio»

IMPRENTA COSTA: ASAUTO, 45.—BARCELONA



—Viendo luego las monedas de oro esparcidas por el suelo, añadió:—¿Y este oro?... no me acuerdo. ¡Luego es verdad que estoy durmiendo!... Pierdo la cabeza... tengo vergüenza... no me atrevo a mirar... no es Luisa.

—Padre mío, ¿no me conoce usted? Soy Luisa—exclamó deshecha en llanto echándose en los brazos del lapidario en el momento en que entraban la mujer de Morel, Alegría, la señora Georges, Germán y Pipelet.

—¡Oh! ¡Dios mío!—decía Morel, a quien cubría su hija de caricias;—¿en dónde estoy?... ¿qué me quieren? ¿qué es lo que me pasa?... No, no puedo creer...—y después de un rato de silencio cogió de repente entre ambas manos la cabeza de Luisa, clavó en ella los ojos, y con extraña alteración volvió a exclamar:—¡Luisa!

—¡Se ha salvado!—dijo el doctor.

—¡Morel... esposo mío!—dijo la mujer del lapidario reuniéndose con Luisa.

—¡Mi mujer... mi mujer y mi hija!—repuso el lapidario.

—Y yo también, señor Morel... y todos los amigos de usted nos hemos juntado aquí—dijo Alegría.

—¡Señorita Alegría!... ¡señor Germán!...—dijo el lapidario reconociendo a cada persona con nuevo y creciente asombro.

—¿Y los amigos de la portería, en dónde los dejáis?—dijo Pomona acercándose también con Alfredo.—Aquí tenéis a los Pipelet que Dios guarde... amigos vuestros hasta la muerte, tío Morel.

—¡El señor Pipelet y su mujer!... ¡tanta gente alrededor de mí! Me parece que hace mucho tiempo... y... pero... pero en fin, eres tú, Luisa... ¿eres tú?—exclamó con exaltación estrechando a su hija entre los brazos.

—¡Padre de mi alma! Sí, yo soy; es mi madre con vuestros amigos que no os abandonarán. Se acabaron los pesares, y todos seremos felices... todos...

—¡Todos felices!... aguarda... déjame pensar... ¡todos felices! Sin embargo, me parece que te querían prender.

—Sí... pero ya salí de la cárcel, libre... ya lo veis cómo estoy aquí junto a vos... a vuestro lado...

—Espera, aguarda, parece que me voy acordando... ¿Pero, el notario?—dijo el lapidario con terror.

—Muerto, padre mío, se ha muerto...—murmuró Luisa.

—¡Muerto!... ¡el notario!... Entonces te creó; podremos ser dichosos. ¿Pero en dónde estoy?... ¿cómo estoy aquí?... ¿desde cuándo?... ¿por qué?... No me acuerdo bien.

—¡Habéis estado enfermo, y os han traído a los aires del campo!—dijo el doctor.—Habéis tenido una calentura violenta... con delirio.

—Sí... sí... ya me acuerdo de lo último: antes de mi enfermedad estaba hablando con mi hija... y... ¿con quién?... ¿con quién más?... ¡Ah! sí, con un hombre generoso; con el señor Rodolfo... que impidió que me prendiesen... Después no sé lo que me pasó.

—Vuestra enfermedad se complicó con una falta completa de memoria—dijo el médico.—La presencia de vuestra hija, de vuestra mujer y de vuestros amigos os la ha restituido.

—¿Y en qué casa estoy ahora?

—En la de un amigo... en la del señor Rodolfo, creyendo que os convenía mudar de aires—repuso Germán.

razón, pues según me han dicho, esperáis que sane con la prueba a que vais a someterlo.

—Mucho espero, señora, de la impresión favorable que deberá causarle la presencia de su hija y de las personas a quienes tenía costumbre de ver.

—Cuando prendieron a mi marido—dijo la mujer de Morel enternecida, mostrando Alegría al doctor,—nuestra querida vecina cuidaba de mi y de mis hijos.

—Mi padre conocía al señor Germán, que nos ha hecho mil favores—añadió Luisa.

Y señalando a Alfredo y Pomona, continuó:

—Estos señores, que son los porteros de nuestra casa, nos socorrieron muchas veces hasta donde alcanzaban sus posibles.

—Os doy gracias, amigo mío—dijo el doctor a Alfredo,—por haberos incomodado en venir también; pero ya veo que no os cuesta mucho hacer esta visita.

—Señor doctor—dijo Mr. Pipelet, inclinándose con gravedad,—los hombres deben ayudarse sobre la tierra, porque se encuentran, y los montes no... todos somos hermanos en el Señor... Y, además, el tío Morel era la misma flor y nata de la honradez, antes de haber perdido el juicio por efecto de su prisión y de la de su muy amada hija Luisa.

Abrióse, por fin, la puerta del patio, el cual formaba un vasto paralelogramo plantado de árboles y con muchos bancos; había a cada lado una galería de construcción elegante; las puertas de varias celdas muy ventiladas daban a estas galerías, y unos cincuenta hombres vestidos uniformemente de gris, estaban sentados al sol o se paseaban, o hablaban entre sí, o bien guardaban silencio. Nada podría hacer mayor contraste con la idea que de ordinario se forma de la singularidad del traje y de la fisonomía de los locos, pues era necesario un largo hábito de observación para descubrir en muchos semblantes los indicios seguros de la demencia.

Al entrar el doctor Herbin lo circundaron muchos locos con muestras de gozo y satisfacción, y se apresuraron a darle la mano con una expresión de confianza y gratitud, a la cual respondió cordialmente, diciéndoles:

—Buenos días, buenos días, hijos míos.

Algunos de aquellos desgraciados, que por estar demasiado lejos del doctor no pudieron darle la mano, la ofrecieron con timidez a las personas que lo acompañaban.

—Buenos días, amigos míos—les dijo Germán, estrechándoles la mano con una benevolencia que los llenaba de satisfacción.

—Señor doctor—dijo madame Georges,—¿son estos los locos?

—Son casi los más peligrosos del establecimiento—repuso el médico sonriendo.—Se les deja estar juntos durante el día, y por la noche se les encierra en aquellas celdas cuyas puertas están abiertas.

Los visitantes repararon en un ciego de espantable fisonomía y actitud taciturna.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó la señora Georges.

—Ese ciego—repuso el doctor,—ha sido preso en un sitio de los Campos Elíseos, con una gavilla de ladrones y asesinos. A este hombre se le encontró encadenado en una cueva subterránea al lado del cadáver de una mujer, tan horriblemente mutilada, que no pudo ser reconocida.

—¡Qué lance espantoso!—exclamó la señora Georges estremeciéndose.



—Tiene una cara espantosa y toda carcomida con vitriolo. Desde su llegada aquí, no ha dicho una sola palabra, pero no sé si es realmente mudo o si finge serlo. Por una singular casualidad los únicos accesos que ha sufrido tuvieron lugar en mi ausencia, y siempre de noche. Desgraciadamente no ha dado respuesta alguna a las preguntas que se le han hecho, y no es posible formar ninguna idea de su verdadera condición; sus accesos proceden de un furor, cuya causa es impenetrable, pues no pronuncia una sola palabra. Los demás locos tienen con él el mayor miramiento, lo guían cuando anda, y se complacen en hablarle según el grado de la inteligencia de cada uno... Ahí está...

Todos los que seguían al médico retrocedieron llenos de horror al ver al Maestro de Escuela, pues era él mismo. No estaba realmente loco, pero se fingía mudo y demente. Había matado a la Lechuza, no en un acceso de locura, sino en un acceso de calentura ardiente, igual al que le había acometido en la quinta de Bouqueval.

Habiéndose disipado su delirio al poco tiempo de su prisión en la taberna de los Campos Elíseos, se halló al volver en sí en una de las celdas de la Conserjería, en donde se encierra provisionalmente a los locos; y como oyó decir a su lado que era un loco furioso, resolvió continuar haciendo el papel de tal, y se impuso un completo mutismo a fin de no comprometerse en respuesta alguna, si por acaso se llegaba a sospechar que era fingido su mal; estratagemas que tuvo el resultado que se había propuesto.

Conducido a Bicetre, fingía de cuando en cuando un violento acceso de furor, teniendo siempre buen cuidado de que fuesen de noche, a fin de salvarse de la penetrante observación del médico mayor; y el cirujano de guardia, despertado y llamado a toda prisa, no llegaba nunca sino al fin de la crisis. Los pocos cómplices del Maestro de Escuela que sabían su verdadero nombre y su huida del presidio de Rochefort ignoraban su paradero, y además no tenían interés alguno en denunciarlo, de manera que no podía justificarse su identidad. Esperaba, según esto, quedarse para siempre en Bicetre, haciendo el papel de loco y mudo.

Este era el único voto y el único deseo de aquel hombre, merced a la impotencia física para hacer daño que paralizaba sus malos instintos. En la soledad de la cueva de Brazo Rojo, el remordimiento se había apoderado de su alma de hierro, y a fuerza de concentrar su espíritu en una incesante meditación, cual era la de sus crímenes, y privado de toda comunicación con el mundo exterior, sus ideas habían llegado a tomar un cuerpo, y a presentarse como imágenes a su cerebro, según había dicho a la Lechuza. Entonces se le aparecían los semblantes de sus víctimas; pero esto no era locura, sino la fuerza de la reminiscencia llevada a su última exageración.

Así es que este hombre, de contextura atlética y en la fuerza de su edad todavía, este hombre que sin duda debía vivir aún largos años y que poseía en toda su plenitud la razón, se resignaba a pasar el resto de sus días entre locos, condenado a un mutismo perpetuo; o bien, si era descubierto, lo condenarían al último suplicio por sus nuevos asesinatos, o a una reclusión perpetua entre los malvados a quienes profesaba un horror invencible, que se aumentaba a medida que crecía su arrepentimiento.

El Maestro de Escuela estaba sentado en un banco; una selva de cabellos canosos cubría su frente enorme y horrenda, y tenía la barba apoyada en una mano y el codo en la rodilla.

La señora Georges contemplaba fijamente al enfermo. De pronto lanzó un gemido, palideció intensamente y se llevó la mano al pecho.

—¡Dios mío!

—¿Qué te pasa, mamá?

—Nada, hijo mío, este escena me horroriza. Vámonos.

La señora Georges había reconocido a su esposo.

\*\*\*

—Vamos a pasar por el patio de los idiotas y llegaremos en seguida al edificio en que está Morel—dijo el doctor saliendo del patio en donde estaba el Maestro de Escuela.

El rostro de Morel, merced al régimen saludable que con él se observaba y al cuidado de que era objeto, se conservaba lleno y algo colorado, y anunciaba un próximo recobro de salud; pero una sonrisa melancólica y cierta fijeza en la vista indicaban que no se había restablecido aún enteramente su razón.

Cuando entró el doctor en el cuarto de Morel, fingía éste, sentado e inclinado sobre la mesa, el ejercicio de su profesión de lapidario, diciendo: «Mil trescientos francos... mil trescientos francos... sí, no, Luisa al patíbulo... mil trescientos francos... trabajar... trabajar... trabajar...»

—Amigo Morel, basta de trabajo; ya ha ganado usted los mil trescientos francos que necesita para salvar a Luisa... aquí están.—Y el doctor echó el oro sobre la mesa.

—¡Luisa está libre! Voy a casa del notario—exclamó el lapidario recogiendo el oro con extrema ansiedad; y levantándose de repente corrió hacia la puerta.

—Entre...—dijo el doctor sobrecogido, porque la curación del lapidario podía depender de esta primera impresión.

Apenas hubo dicho *entre*, cuando Luisa se presentó en la puerta a tiempo que intentaba salir por ella su padre. Morel retrocedió dos pasos asombrado y dejó caer el oro que llevaba en la mano. Miró por algunos minutos a Luisa con profunda sorpresa sin conocerla, a pesar de que al parecer quería concentrar su memoria; mas fué acercando a ella poco a poco y empezó a mirarla con una curiosidad inquieta y tímida.

Luisa, trémula y conmovida, apenas podía contener las lágrimas, mientras que el doctor la intimaba con un gesto que no dijese una sola palabra, y observaba en silencio los menores movimientos de la fisonomía del lapidario.

Este estaba inclinado hacia su hija y empezaba a perder el color; pasó la mano por la frente inundada de sudor, é hizo un movimiento hacia Luisa como para hablarle; pero su voz expiró entre sus labios, creció de punto su palidez y miró con sorpresa alrededor de sí como si fuese despertando poco a poco.

Puso el lapidario las manos sobre el pecho y se miró de pies a cabeza, como para convencerse de su propia identidad. Lefase en su cara una incertidumbre dolorosa, y en vez de fijar la vista en su hija, parecía querer más bien apartarla de ella. Por último dijo en voz baja e interrumpida:

—¡No!... ¡no!... un sueño... ¿en dónde estoy?... un sueño... no es ella...



## Cinematográfica Verdaguer

S. A.

Capital: 3.000.000 de pesetas

Consejo de Ciento, 290

TELÉFONO 969 - A.

Telegramas "Verdograf"

Telefonemas

BARCELONA

Interesa a todo empresario  
conocer las grandes producciones extraordi-  
narias, las escogidas series y la abundancia  
enorme de material NUEVO que continua-  
mente presenta bajo su prestigioso nombre el

## Programa Verdaguer

Pídanos hoy mismo la lista detallada de asuntos  
de todos los géneros y de las mejores marcas  
americanas, alemanas e italianas, en la que  
PRECISAMOS títulos y artistas que evidencian  
lo más selecto y abundante de nuestro material.





# Los pozos mortiferos

Tanto en el campo, como en el borde del mar, el agua que debemos consumir no presenta siempre todas las garantías deseables de pureza. Es así como las más graves enfermedades epidémicas, como:

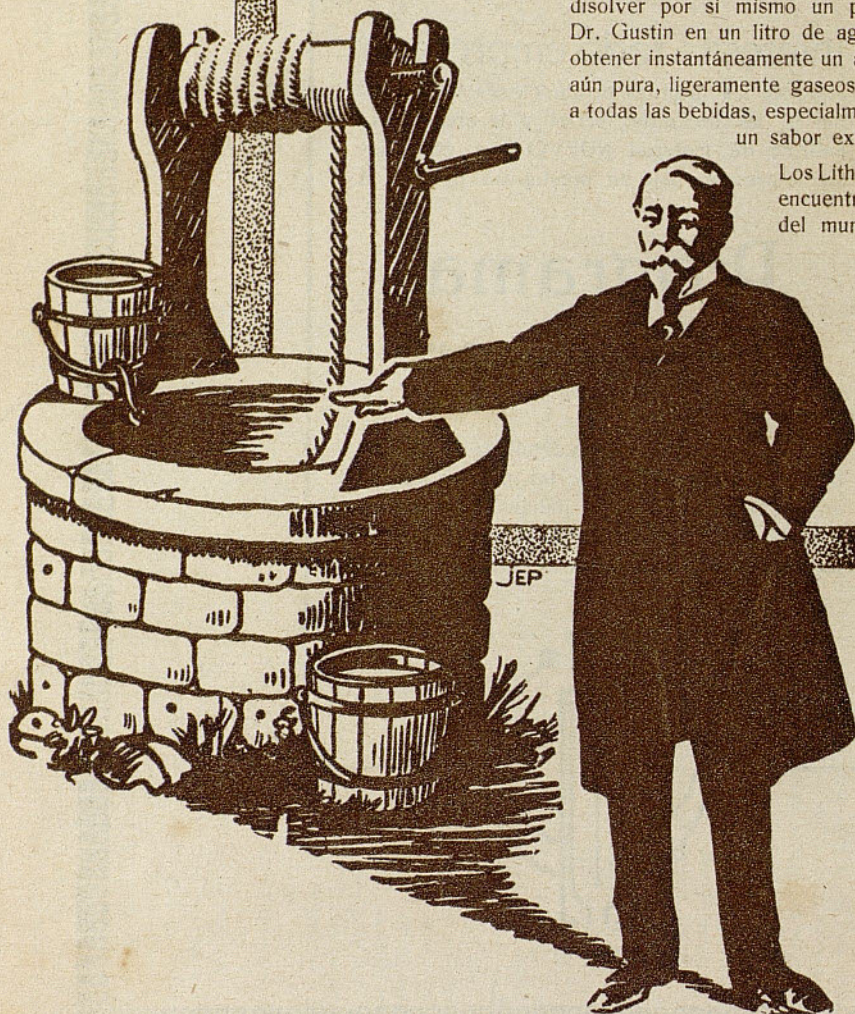
**Fiebre tifoidea, Disenteria, Tuberculosis,**

pueden ser transmitidas por las aguas contaminadas. No es suficiente hacer hervir el agua, es indispensable darle las virtudes terapéuticas que la simple ebullición es impotente para procurarle. Las personas que en todas las comidas, hacen un uso constante y regular del agua purificada y mineralizada por los

## LITHINÉS del D<sup>r</sup> GUSTIN

tienen todas las probabilidades de resultar indemnes de las más graves enfermedades epidémicas. Además estas personas escapan a la obstrucción gástrica, a la diarrea, a la congestión del hígado y riñones, gracias a un lavaje que operan en la sangre los Lithinés del Dr. Gustin. No es necesario sino hacer disolver por sí mismo un paquete de Lithinés del Dr. Gustin en un litro de agua pura o hervida para obtener instantáneamente un agua mineral deliciosa y aún pura, ligeramente gaseosa, que puede mezclarse a todas las bebidas, especialmente al vino, al cual da un sabor exquisito.

Los Lithinés del Doctor Gustin, se encuentran en todas las farmacias del mundo entero. Las personas que no los hallan en las localidades donde residen, pueden pedirlos al Depositario único para España: Establecimientos DALMAU OLIVERES, S. A., Paseo de la Industria, 14 Barcelona.



### Atencion !

Es de la mayor importancia para la salud, rehusar las groseras e ineficaces imitaciones, que muchas veces son ofrecidas a una demanda de Lithinés del Dr. Gustin. Para estar seguro de no ser engañado, debe exigirse, sobre la caja de hojalata y sobre cada uno de los 12 paquetes que contiene, el nombre entero del Dr. Gustin, el cual garantiza la autenticidad, así como el valor terapéutico del producto.